

## DOS ASESINATOS Y UN AMOR

Tengo dos muertes en mi haber. Nadie ha podido saber exactamente los detalles, son sólo anécdotas lo que se conoce.

Maté en dos oportunidades a sangre fría. Con el mejor rencor y sin ninguna culpa. Con gran excitación, sentía mi acero perforando las tripas o el cuello... y luego, un alivio. Un gran alivio. La sangre tomaba un brillo especial sobre mi filo.

Nunca aparecí en la escena del crimen. Eso me ha tranquilizado.

Mis asesinatos son casos famosos. El primero, en Estados Unidos y el segundo, en Argentina. Se han escrito libros sobre mis crímenes. Y posteriormente, han hecho películas, intentando replicar la forma y algunos detalles de esos actos... pero se nota que no me han conocido, que de mí saben muy poco.

En fin, las escenas están bien logradas, pero le falta más sangre al asunto. Le faltó dirección y filo, le faltó monstruosidad a esos cortes simulados que dicen que yo produje. Los míos fueron perfectos. Perforando la carne sin el mejor temor. Sin el menor deseo de que vivan. El dolor en el metal es muy difícil de comprender. La ausencia con la que me quedo después de una puñalada es inigualable.

Mi primer asesinato fue rebanándole el cuello al actor norteamericano Ray Siempren, en la habitación del hotel donde vivía. Él, demasiado alcoholizado, ensimismado y prepotente, buscó de mala manera su muerte. Yo, siempre dispuesto para aceptar el desafío de ingresar en su cuello y destrozarse sus arterias. Y verlo agonizar durante más de una hora.

Todo el mundo se preguntó cómo fue y dónde fue. Nunca sabrán los detalles sobre esa muerte. Nunca.

A los pocos días, llegué a Buenos Aires. Casi en un exilio forzado. Ubicado ya en una linda casa de un pintor conocido, intenté olvidarme aquellos días pasados. No pude. Fue así como acompañé a Juan Pablo a todos lados.

La muerte siempre ronda sin que nos demos cuenta. Sin ningún previo aviso. Sucede y hay que estar listo para actuar. Y fue así, mi destino. Dos muertes en menos de un año. Destino del que hoy reniego. Y trato de olvidar, y no puedo.

Aún viene a mi memoria mi segundo asesinato, que después el mismo Juan Pablo Castel lo relató desde la prisión. No puedo olvidar los suplicios de María Iribarne cuando mi filo brillante ingresaba en sus vísceras, en su abdomen, en su pecho, en su espalda. No puedo olvidar la mirada de ella. Esa mirada profunda y simple. El dolor del tormento terminaba para ella; también terminaba para Juan Pablo.

Me resuenan como campanadas tormentosas las últimas palabras de Juan Pablo a María: "...Tengo que matarte, María me has dejado solo...", son palabras que surgen del sufrimiento, de la angustia y de las pesadillas de los días...

Pasaron los años y todo quedó tal cual, intacto. Nunca supe más nada de ninguno de los que tuve cerca. Empecé una vida nueva en esta misma Buenos Aires. Pero el tormento no terminó para mí. Sigo abrumado, sin querer ni poder seguir así. Sin poder olvidar mi pasado. Con un presente de mala vida.

Esas puñaladas que ingresaron en los cuerpos, no quiero que estén ya más en mí. Quiero estar bien y feliz con ella. Como ahora, mirando el mar.